

ror se desarrolla con tanta mas velocidad, cuanto mas se acerca á la negacion completa, que es su centro de atraccion y término final. ¿Qué prueba puede haber mas notable que la marcha del Protestantismo? Se mantuvo mucho tiempo en el terreno de la santa Escritura, luchando consigo mismo para conservar algunas verdades; pero ha roto todos sus lazos impelido por una irresistible lógica, y dirigido por la filosofía, marcha de negacion en negacion con una rapidez imposible de contener ni amainar. Hace trece años además que la prensa está vertiendo sus venenos mas activos en las entrañas de la tierra, despues de haber roto todos los frenos; que, dejando á un lado el pudor, se han convertido los periódicos en predicadores incesantes de la mas escandalosa inmoralidad y de la impiedad mas horrible, y que el Racionalismo habla desde sus cátedras públicas sin vergüenza ni traba, que la ley sobre la instruccion primaria ha expuesto mayor número de almas á la seduccion, procurándoles el medio de leer todo lo que se atreve á escribir. Aun no ha llegado al poder toda esta sociedad nutrida con semejantes alimentos; pero no pasarán muchos años antes que aparezca en escena y se halle en todas partes transmitiendo lo que ha recibido... ¿Puede esperarse lógicamente que la consecuencia de tales premisas sea la restauracion nacional del Cristianismo?

## XVII.

Reasumirémos cuanto acabamos de exponer diciendo con el temor y la amargura en el alma, que las tendencias nacionales de Europa en religion, en filosofía, en educacion y en política son á nuestro parecer palmariamente anticristianas desde el siglo XVI. ¿Qué debemos pensar del siglo actual? ¿En qué descansa la fe de su porvenir? En una de las bases siguientes: admitiendo que puede vivir sin el Cristianismo, que vivirá bajo la influencia de un nuevo dogma, ó que volverá francamente al Cristianismo. Las dos primeras hipótesis son tan absurdas como impías, y solo nos resta la tercera; pero acabamos de ver, que á no ser por un milagro de misericordia y de poder, que hiciera, por decirlo así, remontar hácia su origen el torrente del error que no ha podido contenerse en trescientos años, el mundo no volverá al Cristianismo. ¿A dónde va pues?

Parecido al navegante lanzado por la tempestad á mares desconocidos, que consulta con ansiedad su brújula fiel para saber á qué altura se encuentra, colocado el cristiano delante de tan terrible problema, se apresura á preguntar á las tradiciones católicas en qué punto de su camino se halla el mundo. Parece que le responde una voz: Ved, velad y orad, porque se acercan los días del peligro<sup>1</sup>; y cree ver los signos precursores en los sucesos contemporáneos. Vamos á exponerlos con la escrupulosa fidelidad de la historia, pues es un objeto de meditaciones, digno, segun nuestro parecer, de los espíritus pensadores; y se los ofrecemos declarando nuevamente que no aspiramos de ningun modo al papel de profeta, sino que somos y queremos ser tan solo imparciales narradores.

El Cristiano cree ver un signo de la decadencia del mundo en el alejamiento progresivo del Cristianismo, que es el principio vital de las sociedades; pero no le asombra, porque sabe que el mundo ha de tener su fin<sup>2</sup>. Aunque no puede ni pretende deter-

<sup>1</sup> Videte, vigilate et orate. (*Marc. xiii, 33*). Hoc autem scito, quod in novissimis diebus instabunt tempora periculosa. (*II Timoth. iii, 1*).

<sup>2</sup> El mundo ha sabido siempre la sentencia de muerte lanzada contra él. Seria inútil amontonar los pasajes de los autores judfos y cristianos que atestiguan una verdad que los mismos filósofos paganos han reconocido. Heráclito creia que las llamas debian devorar un día el mundo para renacer en sus cenizas. (*Simplicius, Com. in Aristot. lib. de Coelo, lib. I, c. 9*). Los estóicos difundieron la misma opinion, y Ciceron la expresa de este modo: «Ex quo eventurum ut ad extremum omnis mundus ignesceret, cum, humore consumpto, neque terra ali posset, neque remearet aer, cujus ortus, aqua omni exhausta, esse non posset: ita relinqui nihil praeter ignem; à quo rursus animante, ac Deo, renovatio mundi fieret.» (*Lib. II de Natur. Deor. n. 118*). Lucano la ha expresado tambien en este apóstrofe á Julio César:

Hos, Caesar, populos, si nunc non usserit ignis,  
Uret cum terris, uret cum gurgite ponti:  
Communis mundo superest rogas.

*Phars., lib. vii.*

Lo mismo dice Lucrecio:

... Tria talia texta  
Una dies dabit exitio; multosque per annos  
Sustentata ruet moles, et machina mundi.

*Lib. iv.*

Ovidio recuerda la antigua tradicion:

Esse quoque in fati reminiscitur adfore tempus,  
Quo mare, quo tellus, correptaque regia coeli  
Ardeat, et mundi moles operosa laborat.

*Metamorph. I.*

minar la época de la catástrofe <sup>1</sup>, sabe que la tradicion la fija en el transcurso del sexto milenarío, y que deben anunciarla signos precursores. Esta tradicion es doblemente respetable, ya por su antigüedad, ya por los nombres que la apoyan, es comun á los judíos y á los cristianos, reasumiendo el espíritu de dos pueblos depositarios de las lecciones primitivas, y se pierde en la noche de los siglos.

Circulaba entre los hebreos bajo el nombre del profeta Elías: «La casa de Elías, dice el Talmud, enseña que el mundo durará seis mil años <sup>2</sup>.» Esta tradicion ha pasado á la Iglesia sin haber sido rechazada como una opinion sin fundamento ó una fábula pueril; se manifestó desde la época apostólica, se generalizó entre los Padres y sus comentadores, y cuenta entre otros en su apoyo á san Bernabé. «El sábado, dice, es nombrado desde el principio de la creacion; Dios completó su obra en seis dias, el séptimo descansó y lo santificó. Prestad atencion, hijos míos, á estas palabras: Acabó todas sus obras en seis dias, las cuales significan que la duracion del mundo solo debe ser de seis mil años, que es el término que Dios ha impuesto á todas sus obras, porque mil años son para él uno solo, y así lo asegura diciendo: «El dia de hoy es para mis ojos como mil años; de modo, hijos míos, que la duracion de todas las cosas será de seis dias, es decir, de seis mil años <sup>3</sup>.» Viene despues san Justino, hombre apos-

<sup>1</sup> Seria una presuncion temeraria y condenable querer fijar la época del fin de los siglos, pues Nuestro Señor ha dicho que los mismos Angeles no lo sabian. (*Matth.* xxiv, 36).

<sup>2</sup> Docet domus Eliae: Sex mille annis erit mundus. (*Talmud. Tract. Sanhedrin*, cap. Helec).

<sup>3</sup> Sabbato meminit in principio creationis: fecitque Deus in sex diebus opera manuum suarum; et consummavit in die septima, et in ea requievit, et sanctificavit eam. Advertite, filii, quid dicat: Consummavit in sex diebus; id ait: omnia consummabit Dominus Deus in sex millibus annorum. Nam apud illum dies aequiparatur mille annis, ut ipsemet testatur, dicens: Ecce hodiernus dies erit tanquam mille anni. Itaque, filii, in sex diebus, hoc est, in sex annorum millibus consummabuntur universa, (xv, 3-5).—No ignoramos que no se cuenta entre los escritos canónicos la epístola de san Bernabé, pues si fuera así, quedaba decidida la cuestion que nos ocupa; pero sabemos que se remonta á los tiempos apostólicos, porque la citan con grandes elogios Orígenes, Clemente de Alejandría, etc., y sabemos tambien que Eusebio y san Jerónimo la atribuyen á san Bernabé. Este último dice: Esta carta puede servir

tólico, mártir y apologista célebre de la Religion en el reinado de Marco Aurelio. «Segun muchos puntos de la Escritura, dice, se puede conjeturar que no se equivocan los que pretenden que la duracion del estado presente de este mundo será de seis mil años <sup>1</sup>.» Dice san Ireneo que «el mundo tendrá tantos miles de años de duracion como dias se emplearon en su creacion, y lo que la Escritura dice sobre lo que sucedió entonces, es al mismo tiempo una profecía de lo que debe suceder despues <sup>2</sup>.» Igual era la opinion de san Hipólito <sup>3</sup>. «Todas las obras de Dios, añade Lactancio, fueron acabadas en seis dias, y por esta razon es necesario que el mundo permanezca en el estado presente durante seis mil años, porque el gran dia del Señor es de mil años, como lo advierte el Profeta al decir: Señor, ante vuestros ojos mil años son lo mismo que un dia <sup>4</sup>.» San Hilario, apoyándose en las palabras de san Mateo, seis dias despues fue transfigurado, se explica en estos términos: «No hay duda que esta circunstancia de aparecer el Señor revestido de su gloria despues de un intervalo de seis dias, demuestra y anuncia que despues de la revolucion de seis mil años, vendrá la gloria del reino celestial <sup>5</sup>.»

Los dos intérpretes mas sábios de la Escritura, san Jerónimo sobremanera para edificacion de la Iglesia, y creo lo mismo que Eusebio, que es verdaderamente de san Bernabé. (*Catálogo*. n. 6, pág. 106, t. IV).

<sup>1</sup> *Quaest. ad orthodoxos*, quaest. 71, vel ad gentes 71.

<sup>2</sup> Quotquot enim diebus hic factus est mundus, tot et millenis annis consummatur. Et propter hoc ait scriptura Geneseos: «Et consummata sunt coelum et terra, et omnis ornatus eorum. Et consummavit Deus die sexto omnia opera sua, et quae acta sunt fecit. Hoc autem est et antefactorum narratio, quemadmodum et futurorum prophetia.» (*Adv. haeres.* lib. V, vers. fin.).

<sup>3</sup> Apud Biblioth. phot. n. 202.

<sup>4</sup> Ergo quoniam sex diebus cuncta Dei opera perfecta sunt, per saecula sex, id est annorum sex millia, manere hoc statu mundum necesse est. Dies enim magnus Dei mille annorum circulo terminatur, sicut indicat propheta, qui dicit: Ante oculos tuos, Domine, mille anni, tanquam dies unus. Et sicut Deus sex illos dies in tantis rebus fabricandis laboravit: ita et religio, et veritas in his sex millibus annorum laboret necesse est, malitia praevalente et dominante. Et rursus, quoniam perfectis operibus, requievit die septimo, eumque benedixit, necesse est ut in fine sexti millesimi anni malitia omnis aboleatur et terra. (*Inst. Div.* lib. VII, c. 14).

<sup>5</sup> Nam quod post dies sex gloriae dominicae habitus ostenditur, sex millium scilicet annorum temporibus evolutis, regni coelestis honor praefigurat. (*In Matth.* xvii).

y san Agustin, siguen la misma opinion, ó al menos no la rechazan. Dice el primero, al explicar las palabras del Profeta, *mil años son ante vuestros ojos como el dia de ayer*: «Creo que de este pasaje y de la epistola de san Pedro se deriva la costumbre de considerar «mil años como un dia, de modo que como el mundo se hizo en «seis dias; se cree que solo subsistirá seis mil años<sup>1</sup>.» El segundo piensa del mismo modo, aunque da muchos sentidos al texto que sirve de base á su explicacion<sup>2</sup>.

Brillantes eslabones prolongaron á través de los siglos la cadena de esta antigua tradicion; solo nos bastará citar entre los Padres y Doctores de Oriente y Occidente á san Crisóstomo, san Cirilo, san Hipólito, Anastasio el Sinaita, san Isidoro, san German patriarca de Constantinopla, san Gaudencio obispo de Brescia y otros muchos<sup>3</sup>; y entre los comentadores y escritores mas recientes á Sixto de Sena, Raban, Serrario, el abate Joaquin, el célebre cardenal Nicolás de Cusa, Pedro Bongo, y un gran número mas<sup>4</sup>. Nos ceñiremos á citar algunos testimonios.

El azote de los herejes del siglo XVI, el piadoso y sábio cardenal Belarmino, despues de copiar el texto de san Agustin citado mas arriba, se expresa en estos términos: «El grande Obispo de Hipona guarda una sábia reservá sobre este asunto; considera esta opinion como probable, y hasta la sigue como tal en «sus libros sobre la *Ciudad de Dios*. Pero no por esto se deduce «que sepamos la época del postrer dia; y aunque es cierto que

<sup>1</sup> Ego arbitror ex hoc loco et ex epistola quae nomine Petri inscribitur mille annos pro una die solitos appellari, ut scilicet, quia mundus in sex diebus fabricatus est, sex millibus tantum annorum credatur subsistere. (*Epistol. ad Cypr.* 139).

<sup>2</sup> Mille anni duobus modis possunt intelligi; aut quia in ultimis mille annis ista res agitur, id est sexto annorum millenario, tamquam sexto die, cujus nunc spatio posteriora volvuntur; secuturo deinde sabbato quod non habet vesperam, requie scilicet sanctorum quae non habet finem, etc. (*De Civit. Dei*, lib. XX, c. 7).

<sup>3</sup> Expectamus, inquit, illum vere sanctum septimi millesimi anni diem, qui adveniet post istos sex dies, sex millium videlicet annorum saeculi, quibus completis, requies erit verae sanctitati, et fideliter credentibus in resurrectione Christi. Nam nulla erit ibi pugna contra diabolium, qui tunc utique detinebitur supplicii relegatus. (*S. Gaud. Tract. X*).—*Vid.* las autoridades en Corn. *Alapid. in Apoc.* XX, 5.

<sup>4</sup> *Ibidem*.

«decimos que el mundo no durará mas que seis mil años, no decimos que sea cierto<sup>1</sup>.» «Rechazamos, dice el sábio Genebrard, «una determinacion fija y precisa del número de años, pero consideramos, en general, como verdadera la tradicion del rabino «Elias, porque en general no dejará de verificarse por el acontecimiento, especialmente habiéndose enseñado lo mismo entre «nosotros por Lactancio y otros<sup>2</sup>.»

Hemos visto que san Ireneo es del mismo parecer. Fuego Ardiente se expresa de este modo en sus notas sobre este santo Padre: «La opinion de san Ireneo respecto á la duracion del mundo, «está sostenida y confirmada por tantos y tan grandes hombres, y «apoyada en razones tan plausibles, que aunque no se pretenda «temerariamente poner límites al poder divino, participaré gustoso del mismo pensamiento<sup>3</sup>.» El célebre Malvenda añade: «Que en general el mundo no debe durar mas de seis mil años, «aunque sea una cosa incierta; no obstante, no quisiera condenar esta opinion á causa de la autoridad de los Padres que así «lo han escrito; pues jamás creeré que estas graves lumbres de «la Iglesia lo hayan dicho sin tener grandes razones. Pero no por «eso se puede saber *ciertamente* el fin del mundo, porque es incierto el número de años que han pasado desde su creacion. Además ¿quién puede negar que sea posible en cierto modo presagiar por algunas *conjeturas probables* la consumacion de los siglos<sup>4</sup>?»

<sup>1</sup> Neque hinc sequitur nos scire tempus ultimae diei: dicimus enim probabile esse mundum non duraturum ultra sex millia annorum, non autem dicimus id esse certum. (*De Rom. Pontif.* lib. III, c. 3).

<sup>2</sup> Definitam ergo et minutam annorum circumscriptionem rejiciamus; pronuntiatum autem rabini Eliae universe verum intelligamus; nam non carebit suo eventu in genere, praesertim cum apud nos idem tradiderint Lactantius, etc. (*Chronol. sacr.* lib. I, pág. 4).

<sup>3</sup> Haec Irenaei sententia de mundi permansione, tot tantosque habet vindices et confirmatores, ac plausibiles persuasiones, modo divinae potestati nihil temere praescribatur, ut in eam lubens descenderem. (*Feu Ardentius in notis ad S. Iren.* lib. V, c. 28).

<sup>4</sup> Attamen universe sex millibus tantum annis includi mundi aetatem, quamvis res sit incerta; propter auctoritatem nihilominus Patrum qui id scripserunt, non prorsus damnaverim: nam Ecclesiae illa magna lumina ad eam dicendam sententiam nunquam existimaverim sine magnis rationibus accessisse. Nec inde certo sciri cognoscique potest mundi finis, cum ratio annorum ab or-

Finalmente, Cornelio Alápide reasume en estos términos la imponente tradicion que acabamos de exponer: «Esta creencia, dice el sábio y piadoso intérprete, es tan general entre los cristianos, judíos, paganos, griegos y latinos, que se puede considerar como una antigua y comun tradicion; con tal que no se determine el día ni el año, esta opinion tan comun es probable<sup>1</sup>.»

¿Puede acusarse, pues, de limitado espíritu al que la crea y hasta la adopte en los límites de la prudencia? Si es un error, diremos con el sábio Riccardi, por cierto que es glorioso incurrir en él con tantos grandes hombres<sup>2</sup>. Las dudas que se encuentran sobre este punto son debidas á dos causas principales: la primera es la diferencia de cronología, pues unos siguen la del texto Hebreo, otros la de los Setenta; la segunda, la ignorancia en que estamos sobre la época precisa del fin del mundo, ora por la razon de la fecha precisa de su creación, ora porque Jesucristo ha dicho que los días de la última prueba se abreviarían en favor de los elegidos.

## XVIII.

Acabamos de oír que el mundo está actualmente al fin de su curso, pues lo dicen una multitud de Santos, Doctores y hombres graves y concienzudos pertenecientes á todos los siglos, á todos los países y hasta á todas las religiones. ¿Por qué no ha de poder ser así? ¿No hay una presuncion de verdad en el comun acuerdo de tantos testigos irrecusables sobre un hecho de tanta impor-

be condito adeo incerta et inexplorata hactenus sit, ut praediximus. Quis vero neget probabili quadam conjectura praesentiri utcumque posse rerum occasum? (Malvend. de Antich. lib. II, c. 23).

<sup>1</sup> Ita enim in hanc sententiam conspirant Christiani, Hebraei, Gentiles, Graeci et Latini, ut videatur esse vetus communisque traditio... En cuanto á los paganos, véase á Laetan. lib. VII, 13, 14, etc., y á Sixt. Senens. Bibliothot... Haec sententia (non definiendo certum diem, nec annum) uti communis, ita probabilis est conjectura. Nihil enim certi hac in re definire possumus, utpote quae pendet à secreto Dei decreto, ne audiamus illud Christi: Non est vestrum nosse tempora vel momenta quae Pater posuit in sua potestate. (In Apoc. xx, 3).

<sup>2</sup> Se fosse anche un errore, è un bell'errare con tali uomini. (Il fine del mondo, pág. 39).

tancia? ¿No estarían satisfechos nuestros jurados si en todas las causas sometidas á su exámen reunieran tantas pruebas para formar y apoyar sus fallos? Añadid que una tradicion tan respetable por sí, parece adquirir una nueva autoridad con los acontecimientos de la historia moderna.

Está escrito en el libro profético, legado á la Iglesia como una antorecha para dirigirla durante los últimos tiempos de su laboriosa peregrinacion: «Y ví otro Ángel volando por en medio del cielo, llevando el Evangelio eterno para evangelizar á los habitantes de la tierra, de toda nacion, tribu, lengua y de todo pueblo, diciendo á grandes voces: Temed al Señor y honradle porque se acerca la hora de su juicio<sup>1</sup>.» Vosotros lo ignorais tal vez; pues bien, el Ángel encargado de anunciar al mundo la proximidad de su última hora, ha llegado ya.

Apareció en el fondo de las Españas al espirar el siglo XIV un personaje extraordinario, santo y profeta desde su juventud, y que creció en medio del asombro universal. Reposa en él el espíritu divino; en su corazon, abrasándole con un celo desconocido desde san Pablo; en su alma, iluminándola la luz del porvenir; en sus manos, que siembran los milagros á millares; en sus labios, que inspira la elocuencia mas prodigiosamente poderosa que se oyera jamás; y en su cuerpo, sosteniéndolo á pesar de su extrema debilidad en medio de la mas ruda austeridad y abrumadoras fatigas. Aunque hombre, es un ser sobrehumano que rehúsa constantemente las dignidades que un Papa le impele á aceptar; su vida es una oracion, un ayuno y una predicacion continua; y durante veinte y cuatro años recorre la Europa entera, que se estremece y palpita al oír su potente voz.

Predica en su lengua materna, y le entienden en todos los países, y se despiertan al clamoroso rumor de esta trompeta sacerdotes y legos, reyes y pueblos, los pecadores inveterados, Lázaros amortajados en el sepulcro del vicio, herejes, judíos y mahometanos, saliendo los unos de la tumba del crimen, y los otros de la del error. El estupor y el entusiasmo encadenan tras sus huellas

<sup>1</sup> Et vidi alterum angelum volantem per medium coeli, habentem Evangelium aeternum, ut evangelizaret sedentibus super terram, et super omnem gentem, et tribum et linguam, et populum, dicens magna voce: Timete Dominum et date illi honorem, quia venit hora iudicii ejus. (Apoc. XIV, 6, 7).